

“Lodo seas, mi Señor, por la hermana muerte”

*Meditación de monseñor fray José Adolfo Larregain OFM, arzobispo de Corrientes,
a 800 años del “Cántico de las Criaturas”*

El año 2025 nos encuentra celebrando los ochocientos años del Cántico de las Criaturas, una de las oraciones más bellas y universales de la historia espiritual de la humanidad.¹ San Francisco de Asís, en medio del dolor, la enfermedad y la oscuridad de su ceguera, fue capaz de elevar un canto luminoso que desborda gratitud y reconciliación. Allí, en la pobreza más absoluta y en la cercanía de la muerte compuso su himno a la vida.²

En esa sinfonía cósmica de amor y alabanza, una estrofa resuena con especial fuerza: «Lodo seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar».³ Estas palabras, escritas cuando es cercana su partida, condensan la madurez espiritual de quien había aprendido a mirar toda realidad con ojos nuevos. Para él, la muerte no era un enemigo a vencer ni una tragedia que temer, sino una hermana que lo acompañaba al encuentro del Padre.

A ocho siglos del Cántico (1225–2025), volvemos a escuchar la audacia teológica y la ternura espiritual del «varón que tiene corazón de lis».⁴ Cuando invoca: «Lodo seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal», no está haciendo un apotegma romántico: revela la hondura de una teología de la criatura, de la encarnación y de la esperanza pascual. Dicha osadía reside en su radicalidad evangélica, que lo lleva a vivir el Evangelio de forma extrema y transformadora en su renuncia a los bienes materiales para abrazar la pobreza, su profunda conexión con la creación como reflejo de Dios, su visión de la persona como imagen divina y su insistencia en la humildad y el servicio a los más pobres. Vivió su fe de manera práctica y experiencial, lo que se convirtió en un modelo de renovación para la Iglesia.

Esta breve meditación intenta desplegar la siguiente perspectiva teniendo en cuenta la matriz franciscana; el arraigo evangélico, patrístico y en consonancia con el magisterio de la Iglesia; algunas implicaciones pastorales para nuestro tiempo y finalmente un cierre a modo de epílogo.

La muerte puede comprenderse de dos modos profundamente distintos: como encuentro o como choque. Para quien vive desde la fe, la muerte no es el final sino el momento del encuentro definitivo con Dios, aquel paso que Jesús mismo asumió en su Pascua. En esta mirada, la muerte se convierte en un abrazo esperado, en el umbral donde la promesa de la vida plena se cumple. Pero cuando se la percibe sin horizonte de trascendencia, la muerte irrumpe como un choque, una fractura que desgarrar, una realidad absurda que niega todo sentido. La diferencia no está en el hecho de morir –común a todos– sino en cómo se vive y se espera ese momento: como ruptura o como plenitud; como choque que destruye o como encuentro que transforma.

1. Matriz franciscana: la muerte en el corazón del Cántico y en la vida del Santo

El Cántico de las Criaturas es la culminación poética –y teológica– de una vida entera vivida en relación fraterna con Dios y con todas las criaturas. En el texto, compuesto en los últimos años del «varón de Dios», cada elemento creado es tratado como hermano o hermana; la última estrofa proclama la alabanza por la «*sorella morte corporale*», recordando que la muerte es parte de la historia de la criatura y que sólo en Dios encuentra su sentido pleno.

La actitud del «santo varón» ante la muerte no es ingenua: sus biógrafos relatan cómo, en los días finales, pidió que se cantara el Cántico y pronunció palabras de acogida ante la muerte: «Bienvenida sea mi hermana la muerte»⁵; gesto que ilumina su mundo interior, la muerte recibida como tránsito hacia la comunión definitiva con Dios.⁶ Estas fuentes hagiográficas, describen la pascua del Poverello como consumación gozosa de una vida entregada. San Buenaventura,⁷ presenta la escena litúrgica y contemplativa de los últimos días: el Cántico recitado, la bendición del Señor, el entierro en pobreza. Estos testimonios no sólo narran hechos: interpretan la muerte del santo en clave teológica: la pascua personal como reflejo de la pascua de Cristo.

El secreto del «Hermano de Asís» está en su profunda comunión con Cristo pobre y crucificado que lo conduce a tener una visión pascual de la existencia. Desde la Encarnación hasta la Pascua, el Hijo de Dios abraza nuestra humanidad entera, incluso la muerte. Por eso, en Cristo resucitado, el «varón bienaventurado» descubre que la muerte ha cambiado de rostro: ya no es

el final, sino el paso; ya no es oscuridad de un día que finaliza, sino aurora de un nuevo amanecer. El cambio de enfoque simboliza la transición de la adversidad a la esperanza y la renovación.

Lamarla hermana es reconocer que también ella pertenece al plan de amor de Dios. En su humildad, nos enseña que solo quien ha vivido en fraternidad con todas las criaturas puede morir en paz, porque la muerte no destruye lo que se ha vivido en el amor, sino que lo lleva a su plenitud.

2. Arraigo bíblico, eco patrístico y magisterial

La mirada franciscana se fundamenta en la esperanza cristiana: la encuentra en la Palabra. Jesús mismo promete: «Yo soy la resurrección y la vida»⁸ y la tradición paulina declara que «el último enemigo en ser destruido es la muerte».⁹ La muerte, por tanto, queda situada dentro del plan redentor de Dios: es real, dolorosa, pero no definitiva; la victoria última pertenece a Cristo.¹⁰

Los Padres recogen y explicitan esta esperanza para la vida práctica del cristiano. San Juan Crisóstomo exhorta a no dejarse dominar por el llanto desesperado, porque la fe en la resurrección da otra mirada sobre la muerte: no anula el dolor, pero lo transforma en esperanza y vigilancia espiritual.¹¹ Del mismo modo, san Agustín, en su reflejo sobre la ciudad de Dios y la historia humana, sitúa la muerte en la historia caída pero bajo la soberanía divina, invitando a la esperanza y a la paciencia cristiana ante el misterio del final.¹² Estas voces patrísticas ofrecen el trasfondo teológico que ilumina la valentía de Francisco frente a la muerte.

El magisterio, mantiene la misma línea: la muerte es el fin de la peregrinación terrena y el comienzo de la consumación en Cristo. La Iglesia declara que la muerte es el fin del tránsito temporal del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia y enseña que la esperanza cristiana sitúa la muerte en diálogo con la promesa de la resurrección.¹³

El Concilio Vaticano II se detiene en el misterio de la muerte y la soledad humana frente a ella, y exige una pastoral que acoja el sufrimiento y el paso final con dignidad y esperanza.¹⁴ En tiempos más recientes se insiste que la virtud teologal de la esperanza permite afrontar la muerte sin nihilismo: la esperanza cristiana transforma la mirada sobre el futuro y otorga sentido a la entrega y al sufrimiento.¹⁵

La muerte desde la espiritualidad franciscana¹⁶

a) La muerte como hermana: un lenguaje ético-teológico

Llamar a la muerte «hermana» no es antropomorfismo sentimental sino confesión teológica: todo lo creado participa de la relación con el Creador; la muerte, aunque consecuencia del pecado, está llamada a ser acogida en la misericordia divina. Para el «siervo y amigo del altísimo», la fraternidad con la creación incluye la fragilidad humana: reconocerla permite vivir sin egoísmos, en gratuidad.

b) La muerte como paso hacia la comunión plena

En la espiritualidad franciscana la muerte cumple su sentido cuando encuentra a la criatura reconciliada con Dios, los hermanos y la creación. No se trata de negar la tragedia de la muerte ni el dolor del duelo, sino de situarlos en la dinámica pascual: muerte → resurrección, entrega → plenitud. Ese dinamismo es visible en el estilo y modo de vida del *sin* propio, obediencia y amor oblativo.

c) Preparación mediante la conversión cotidiana

San Francisco enseñó que la santidad no es proyecto heroico sino fidelidad humilde: conversión diaria, penitencia, caridad perfecta, esperanza cierta. Así, el morir en paz es fruto de una vida de coherencia evangélica: confesar, reconciliarse, perdonar, servir. Las «Admoniciones», el «Testamento» y sus exhortaciones a la comunidad muestran que la vida fraterna es la escuela donde se aprende diariamente a vivir y a morir cristianamente, ya que enseña a dejar el egoísmo para vivir una vida de caridad, entrega y sacrificio. En este sentido la comunidad se convierte en una «*Schola Amoris*» que educa para amar a Dios y a los demás, despojándose del interés propio en favor del bien común y misión de Cristo. Aprender a vivir en fraternidades, en última instancia, prepararse para morir a uno mismo y a sus intereses, para vivir la vida cristiana en su totalidad, incluyendo el momento de la muerte, con la esperanza en la vida eterna.¹⁷

3. Algunas implicancias pastorales

Vivimos en una época que algunos aún llaman posmoderna, aunque muchos prefieren hablar de «hiper modernidad», «modernidad líquida», «tardomodernidad», «sociedad líquida», donde todo parece fugaz, cambiante y relativo.¹⁸ En este contexto, la muerte se vuelve una realidad incómoda: se la evita, se la disimula o se la reduce a un hecho biológico sin trascendencia. La

cultura actual, centrada en el bienestar, la productividad y la juventud eterna, no tolera los límites, y menos aún el final. Pero al negar la muerte, se niega también una dimensión esencial de la vida: su vulnerabilidad. Sólo cuando aceptamos la muerte –no como fracaso, sino como parte del misterio de existir– podemos vivir con autenticidad, reconociendo que nuestra finitud es el umbral donde se revela la esperanza y el sentido más profundo de la vida.

En estos tiempos se la esconde, disfraz, encubre, enmascara, diluye detrás de eufemismos o rituales vacíos. En una sociedad que idolatra la juventud, la eficiencia y el bienestar inmediato, la muerte resulta incómoda porque nos enfrenta con aquello que preferimos negar: nuestra propia debilidad, la condición de caducidad y el término de toda existencia humana.

Actualmente el sufrimiento y la pérdida se consideran fracasos; la enfermedad se oculta, la vejez se margina y la muerte se presenta como una derrota que hay que maquillar. Sin embargo, esta negación no nos libera, sino que nos empobrece: quien no asume la muerte, difícilmente sabe vivir con plenitud.

Desde una mirada creyente, la muerte no es el final, sino un paso; no es absurdo, sino misterio. Aceptar la muerte –como parte inseparable de la vida– nos invita a reconciliarnos con nuestra propia limitación e inseguridad, a descubrir que sólo quien aprende a morir puede verdaderamente aprender a amar y a vivir.

Las acciones pastorales orientadas al acompañamiento en el momento de la muerte buscan sostener la fe y la esperanza cristiana ante el misterio del final de la vida. Desde una mirada creyente, se trata de ayudar a vivir este tránsito con serenidad evangélica, confianza en la misericordia de Dios y comunión con Cristo resucitado. A través de la escucha, la oración, los sacramentos y la presencia cercana de la comunidad, la pastoral procura humanizar y evangelizar el dolor, recordando que «si morimos con Cristo, viviremos con Él»¹⁹.

A continuación proponemos acciones pastorales relacionadas a la preparación espiritual:

1. Acompañamiento compasivo al enfermo y al moribundo. La espiritualidad conduce a una pastoral de presencia: no soluciones tecnocráticas sino unión, el estar, acompañar, los sacramentos y la asistencia humana digna.

2. Formación sobre el sentido cristiano de la muerte. Hablar y formar sobre la doctrina de la Iglesia sobre la muerte, el juicio particular, la esperanza en la resurrección, para combatir el miedo y el desarraigo existencial.
3. Celebración litúrgica y liturgia del duelo. Reforzar ritos que expresen la fe en la comunión de los santos y la esperanza pascual como la vigilia, las exequias, el Transitus franciscano,²⁰ etc.
4. Ética del fin de la vida. La fraternidad franciscana exige proteger la dignidad humana en la muerte: rechazo de la eutanasia activa y acompañamiento de cuidados paliativos que respeten la persona. La enseñanza conciliar y magisterial puede orientar la praxis pastoral.

Epílogo

A ochocientos años del «*Cántico di frate sole*», el mensaje de Francisco conserva una fuerza profética: sigue siendo muy actual este canto antiguo. Vivimos en una cultura que exalta el éxito, la juventud y el control, pero que rehuye hablar de la muerte. La no aceptación de la existencia fugaz en este mundo conduce a esconder la enfermedad y a negar los límites. Frente a esta mentalidad, la alabanza del Poverello se levanta como un acto de fe y libertad: reconocer la muerte como hermana es confesar que solo Dios es Señor de la vida, y que en sus manos todo tiene sentido.

El Cántico de las Criaturas anticipa lo que hoy la Iglesia llama ecología integral.²¹ Todo está conectado –la tierra, el agua, el cuerpo, la historia, la muerte– y todo encuentra su unidad en el amor de Dios. Por eso, la alabanza de Francisco no es evasión, sino una proclamación de esperanza: la creación entera camina hacia la reconciliación definitiva, donde no habrá más llanto ni dolor.

Cantar a la hermana muerte es, en el fondo, aprender a vivir reconciliados para morir en paz. Quien vive de este modo puede esperar serenamente el momento del paso. Francisco muere como vivió: pobre, desprendido, libre y agradecido. Sus últimas palabras –«Bienvenida, hermana muerte»– son la expresión de una vida que ha aprendido el arte de confiar.

En este centenario, el Cántico de las Criaturas vuelve a ser escuela de espiritualidad para nuestra época. Invita a mirar la vida desde la gratitud, a abrazar nuestra transitoriedad por este mundo como parte del don de existir y a reconocer que la muerte, lejos de ser el final, es la puerta que nos introduce en el abrazo eterno del Amor.

Ocho siglos después, Francisco sigue enseñándonos a cantar en medio de la noche, en la oscuridad centrarnos en la luminosidad de la luna y las estrellas. Su voz humilde sigue recordándonos que la fe no suprime el dolor, pero lo transforma en alabanza. Y que, al final de todo, cuando llegue la «hermana muerte», también ella –como el sol, el agua y el fuego– será ocasión para decir: «*Laudato sí, mi Signore*».

San Francisco nos deja una lección preciosa y exigente: vivir como quien canta el Cántico y morir como quien acoge a la hermana muerte en esperanza; es decir, morir en alabanza y vivir en fraternidad. No se trata de una exaltación del dolor, sino de una conversión del corazón: aprender a ver la creación como sacramento del Amor divino y la muerte como tránsito hacia la plenitud prometida por Cristo.

En un mundo marcado por el miedo a la fragilidad-muerte-caducidad, la espiritualidad franciscana vuelve a ser escuela de humanidad: enseña a acompañar, a reconciliar, a preparar el paso con la serenidad de quien ha vivido en el amor. Así, cuando el día final llegue, podremos también nosotros –siguiendo la estela del santo de Asís– repetir con fe: «*Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal*».

Mons. Fray José Adolfo Larregain OFM, arzobispo de Corrientes

Notas:

- ¹ 2023-2026 Un centenario articulado y celebrado en varios centenarios. Conferencia de la Familia franciscana.
- ² La impresión de las llagas en septiembre de 1224 y la muerte en octubre de 1226 marcan los términos dentro de los cuales fue compuesto en el balbuciente romance italiano de la Umbría, que podía entender la gente sencilla a quienes iba destinado.
- ³ Cántico de las criaturas, 12.
- ⁴ Frase que pertenece a Rubén Darío en "Los motivos del lobo", 1913.
- ⁵ Leyenda de Perusa, 100; Espejo de perfección, 122.
- ⁶ Cf. Tomás de Celano, Primera Vida 88, 110; Segunda vida 220; San Buenaventura, Leyenda mayor 14,2 Leyenda menor 1,7 ss; Leyenda de los tres compañeros 68; Anónimo de Perusa 46.
- ⁷ Leyenda mayor 14,1-6; Leyenda menor 7,1-9.
- ⁸ Jn 11,25-26.
- ⁹ 1Cor 15,26.
- ¹⁰ Cf. Rom 6; 1 Cor 15; Jn 11
- ¹¹ Cf. Homilías de San Juan Crisóstomo, 28 sobre el Evangelio de san Mateo.
- ¹² Cf. San Agustín, La ciudad de Dios, Libro XIII.

¹³ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica 1012-1014.

¹⁴ Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* 18.

¹⁵ Benedicto XVI, *Spe Salvi*.

¹⁶ <https://www.ofmconv.net/es/lodato-sii-signore-per-la-nostra-sorella-morte-una-meditazione-sul-morire/>

¹⁷ Cf. <https://www.ofmconv.net/es/lodato-sii-signore-per-la-nostra-sorella-morte-una-meditazione-sul-morire/>

¹⁸ Algunos autores que desarrollan estas categorías son: Gilles Lipovetsky, Sebastien Charles, Sygmunt Bauman, Jean Baudrillard.

¹⁹ 2 Tim 2,22.

²⁰ El *Transitus* franciscano es una celebración litúrgica que conmemora la muerte de san Francisco, la cual ocurre la noche del 3 de octubre, víspera de su festividad. Se trata de un evento solemne pero alegre, no de luto que recuerda el ejemplo del santo al abrazar a la hermana muerte con serenidad y alegría, a la vez que renovando el compromiso de vivir el Evangelio.

²¹ Cf. Papa Francisco, Encíclica «*Laudato si*», Capítulo IV: Una ecología integral.